

## BIBLIOTECA FILMS

—Título de la supremacia—

III IIIII

### SELECCION

50 cénts.

III III III

ROSITA

LA VOZ DE LA  
MUJER

LA ROSA DE FLANDES (3.<sup>a</sup> edición)  
¿DÓNDE ESTÁS HIJO MÍO?

LA BRECHA DEL INFIERNO (2.<sup>a</sup> edición)  
LOS NIBELUNGOS (2.<sup>a</sup> edición)  
KOENIGSMARK (2.<sup>a</sup> > )

EN LAS RUINAS DE REIMS (2.<sup>a</sup> edic.)

LA MUJER QUE SUPÓ RESISTIR (2.<sup>a</sup> > )

LOS DOS PILLETES (4.<sup>a</sup> edición)

COMO DON JUAN DE SERRALLONGA  
CONCIENCIA CONTRA LEY

EL LOBO DE PARÍS : EL BIEN PERDIDO

EL ABUELO : LA MADRE DE TODOS

Solicitamos correspondencia: BIBLIOTECA FILMS  
Calabria, núm. 96, despachos 1 y 4 - BARCELONA



*Biblioteca-Films*

**¡DIVORCIÉMONOS!**

N.º 115

25  
cénta.





LUBITSCH, Ernst

Año III

Núm. 115

## BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:  
Calabria, 96

Teléfono 173-H  
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES



REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Kiss Me Again, 1925

# ¡DIVORCIÉMONOS!

Novela de intrigas amorosas según la obra del  
inmortal novelista

VICTORIEN SARDOU

Edición Warner Brothers



Consejo de Ciento, 290-Barcelona

Mauricio tuvo una idea diabólica y, naturalmente, musical.

¿Por qué no gozar de unos instantes de absoluta libertad y conversar tranquilamente en el salón contiguo?

Inició su plan y dirigiéndose a Lulú que, absorta, aspiraba la emoción estética que se desprendía de las últimas notas, le dijo:

—Lástima grande que su marido sea insensible a las grandes emociones artísticas; la música que yo devotamente cultivo y la belleza que usted atesora...

Y completa el maravilloso efecto de su frase con un gesto muy suyo.

Leyanta el brazo derecho y en ademán acariciador y lúnguido pasa repetidamente la palma de la mano por su artística cabellera, gesto de compositor ultra-decadente que Lulú admira entusiasmada de las maneras de su «flirt».

Mauricio, entusiasmado con el efecto logrado, insinúa:

—Si continuáramos saboreando la belleza de esta composición sin que tuviera yo que teclear, sería estupendo; nada turbaría nuestro éxtasis, sería como un arrullo del travieso dios Cupido...

Lulú no contesta.

Mauricio se levanta y, rápido, se dirige al musiquero, donde encuentra el rollo correspondiente al vals favorito.

Rápidamente lo coloca en el piano que es a la vez pianola gracias a su moderna construcción, y como Lulú manifestara ciertos temores, él la tranquiliza, diciendo:

—Nada tema... Su esposo es un profano incapaz de notar la diferencia... Ignora mi maravillosa y afiligranada ejecución...

Lulú asiente y se deja convencer. ¡Es tan

hermoso para las mujeres el dejarse convencer!

Empiezan a sonar las primeras notas del vals y Mauricio agrega:

—Pasemos a otra habitación donde no se aprecie tanto el sonido seco del mecanismo de la pianola. Será mucho más bella la audición...

Lulú asiente con una mirada de dejamiento del propio ser.

Mauricio, tomándola suavemente de la mano, la conduce a un aposento contiguo donde ambos toman asiento.

Creyendo llegado el momento propicio, Mauricio se anticipa y busca una de las manos de Lulú para atraerla hacia sí.

Pero ella la retira con viveza y le demuestra con un gesto que toma el sendero equivocado para llegar hasta su corazón.

—Mi querido compositor, sólo siento por usted una admiración que mejor es idolatría por su arte que aprecio personal... sin que ello signifique que me es usted antipático, ni me desagrada su entretenida compañía...

En tanto en el aposento contiguo el esposo que continúa leyendo la prensa comercial, interrumpe por un momento su tarea para restar atención.

Aunque tiene en su mujer absoluta confianza, Fleury, al escuchar el vals comprende al momento que aquella ejecución precisa y matemática al valor de las notas no es la que le da Legrand y exclama:

—Es la primera vez que Mauricio no estropea esta deliciosa composición.

Y para felicitarle por la corrección de su estilo y el abandono de las maneras excesivamente modernistas y ultra-futuristas con que interpreta la música, se levanta de su asiento y se dirige al salón.

Al mismo tiempo se desarrolla una escena parecida a la que momentos antes ha motivado las más enérgicas protestas de la encantadora señora de Fleury.

—Repórtese o llamo a mi marido...

Como si hubiera oído el llamamiento, Fleury se dirige al salón de música y grande es su sorpresa al ver que es la pianola la que deja vagar por la solitaria estancia las notas del «¡Bésame otra vez!...»

Pero como buen diplomático oculta su verdadera impresión para mejor poder sorprender a los que en alas del flirt han volado por encima de las fronteras que imponen las conveniencias y el respeto a la amistad...

Volvió a su lectura disimulando el descubrimiento que acababa de efectuar y dejó que Lulú y Mauricio vuelvan junto al piano y quitando el rollo remate la composición con su peculiar estilo que no deja de apercibir el astuto marido.

Mauricio, algo descorazonado por la resistencia para él inesperada que le ha ofrecido Lulú, se despide del matrimonio.

Fleury, con fina ironía, le pregunta:

—¿Nos deja usted ya, querido maestro?... ¿Qué será de nosotros sin su delicada armonía que nos traslada al Empíreo?...

Mauricio queda algo turbado ante la frase rebusada y modernista que le ha dirigido Fleury, pero no le cree capaz de haber adivinado su flirt y mucho menos de mofarse de él hablándole en jerga artístico-cubista.

Y sin embargo, ¡cuán lejos está de la realidad!...

Deliberadamente Fleury deja un momento solos a su esposa y al pianista y, naturalmente, éste reanuda sus avances, y Fleury entra en el

preciso momento en que el artista rozaba con sus labios los de Lulú...

Lulú, sin dar muestras de turbación y con la mayor naturalidad del mundo se presenta ante su esposo que también ducho como ella en la comedia de amor, la acaricia sin demostrar el encono que siente en el fondo de su corazón.



¡Buenas tardes!...

—Me complace, nenita, que te inicies en las bellezas de la música... Estás encantadora cuando te arrobas en la armonía que arranca este gen' al Muricio...

Lulú le contesta:

—Verdaderamente es un buen ejecutor... pero, ¿dónde encontraría yo la felicidad que me rodea cuando tú estás cerca de mí?... ¡Ah, si un día fueras lo suficientemente héroe para

renunciar a los negocios, aunque pudiéramos gastar menos, pero estando siempre juntos!

—Nena, es imposible; un hombre de negocios debe dar valor a sus minutos, casi siempre renunciando a las dulzuras del hogar y a la belleza de su mujercita...

Lulú comprende que en el fondo su esposo tiene razón.

Fleury sigue insistiendo:

—Comprendo qué eres joven, hermosa... y que mil emociones te solicitan y el espejismo de goces mundanos te seduce... Pero has de saber dominarte y ser mi compañera abnegada para cuando llegue la hora del merecido descanso... Entonces saborearemos los dos la dorada victoria a la que tú habrás contribuído.

Ella le responde con un mimo.

Pero a la mañana siguiente, después de haber recapacitado Gastón toda la noche acerca de la frecuencia con que Mauricio les visitaba y del éxtasis con que la encantadora Lulú escuchaba sus amaneradas interpretaciones sentimentales de los valses y composiciones más en boga, creyó del caso el honorable comerciante y perfecto marido ir a contar sus cuitas al abogado Dubois, amigo suyo de la juventud y jurisconsulto de gran fama en la capital.

Especializado en el agenciamiento de los trámites del divorcio había llegado a ser en estos asuntos una verdadera notab'lidad.

De ahí que hubiese permanecido soltero y que su sola acompañante (en las horas de oficina solamente) fuera la mecanógrafa Ivette, que si bien estaba presenciando a diario cuestiones relacionadas con el divorcio, tenía su correspondiente novio, del que estaba más que encantada...

Y ya tenemos presentados al amable lector

los dos personajes que faltaban a nuestra farasa: el abogado Dubois y su secretaria.

Ivette, sin embargo, merece a más de otros los honores de un parrafito descriptivo.

Es una muchacha pizpireta, para quien la vida guarda sus mejores encantos que encierran como flor de ilusión, sus labios besucones. Soporta las horas de encierro en el despacho, como un trabajo que tiene luego la recompensa en la presencia de su novio.

De ahí que haga la felicidad de su novio, que ve en él al compendio de todas las perfecciones que pueda poseer un varón.

Ivette es feliz y su contento irradia alrededor de su persona, que tiene cierto aspecto de muñeca parisién, encanto de niños y de grandes...

Descritos ya los personajes, pasemos a introducir en el gabinete de Mr. Dubois al simpático señor Gastón de Fleury, que acude a contar a su amigo sus temores conyugales.

Al verle, Dubois se apresura a saludarle.

La entrevista no puede ser más cordial.

Antiguos compañeros de estudios, hasta que sus respectivas vocaciones les separaron, tienen tantas cosas que contarse, que antes no se revela el verdadero motivo de la visita, transcurre su buena media hora entre comentar'os sobre la suerte o desgracia de tal o cual compañero de colegio.

Por fin, tímidamente y como quien no da importancia a la cosa, Fleury deriva la conversación hacia el flirt algo peligroso de su mujer.

Dubois no da crédito a las palabras de su amigo.

—Pero, hombre—le dice—, comprendería yo que esto le pasara a otro, pero tú que tienes

medios de fortuna, no te falta tipo y, sin ser un Adonis, vistes a la última moda y tienes una cultura perfecta... En una palabra, que posees en ti mismo elementos más que sobrados para dominar a tu mujer, hacerla tuya, subyugarla, ofrecerla los vestidos o las joyas que la puedan hacer más seductora y la permitan triunfar por su elegancia y por el coste de sus joyas de las envidias de sus amigas... ¡Vamos, que sólo con proponértelo, desbancas a este pretendiente que, según me cuentas, se desmaya entre un *re* y un *do* más o menos natural.

—Sin embargo, amigo Dubois, a pesar de que en tus palabras brilla el conocimiento que de la materia tienes, yo juzgo mi caso desesperado, aunque como todo reo, me juzgo también culpable de lo que me ocurre.

Figúrate que oblidado por mis negocios, no puedo prestar a mi mujer toda la atención que yo la debo y que ella merece sobradamente... Pero tú bien sabes que tengo mi capital invertido en diez mil empresas diferentes puesto que en una sola, si quiebra, te quedas en disposición de arrojarte al mar, de ir a vender papeles o de convertir tu casa en una subasta continua...

—Comprendo—añade Dubois—; tu caso es uno de los más patentes, y debo decirte que, a juzgar por los datos que me das, aún llegas a tiempo; pero, como dijo Michelet, eres de los predestinados a que te minotauricen.

—¿Y quéquieres decir con eso? Porque yo, chico, entre balances y extractos de cuentas, apenas si tengo tiempo para enterarme de la literatura...

—Pues debes saber que, según Michelet, un gran escritor especializado en el profundo es-

tudio de los asuntos relacionados con la fidelidad y felicidad conjugal, el minotauro es un animalito con cuernos que se puede parecer mucho a un marido que descuide algo a su mujer...

Fleury dió un bote en su silla y se llevó las manos a la frente.

Dubois sonrió de las tribulaciones de su amigo, por el que sentía verdadero afecto, y comprendiendo que la consulta tenía un aspecto verdaderamente extrajurídico, decidió portarse con él, más como amigo que como abogado.

—Mira, Fleury—le dijo en tono amistoso—, opino que el divorcio es una medida que anticiparíamos antes que los acontecimientos nos dieran motivo para usarla. Debes tener en cuenta mis consejos de amigo, antes que mis sentencias de abogado.

En aquel momento entró la movediza Ivette y Fleury fijóse en un gran ramo de flores a las que la joven debía profesar gran aprecio, puesto que las había unido a su cintura, sin que al parecer la causaran gran molestia.

Dubois la dijo para dar lugar a que ella diera una contestación de la que el astuto abogado es eraña sacar gran partido:

—Señorita, lleva usted unas flores muy lindas...

—No le extrañe, señor Dubois, son de mi novio; es un regalo que nunca se le olvida. ¡Es tan galante!...

Retiróse Ivette, y Dubois, acercándose a su amigo, le dijo en tono profético:

—Va ves, esta taquígrafa te da la clave de tu felicidad.

—¿Cuánto mejor no podrías obsequiar a Lulú, sin que representara para ti ningún sacrificio

poner a sus pies las flores más costosas que se vieran en todo París?...

Fleury asiente con la cabeza.

—Bien. Fleury, ahora calcula tú que tu mujer se encuentra con sus amigas y todas la cuentan que han salido por la noche con sus maridos, que han frecuentado el restaurant de moda, que han asistido al estreno de una deliciosa comedia o que han ocupado un palco en el baile de tal o cual asociación benéfica, donde no ha faltado quien las sacara a bailar para que lucieran sus irreprochables vestidos y su divina belleza...

Afortunadamente, este músico sólo entiende de compases. ¡Aún has tenido suerte! Pues bien, ya que estás a tiempo, enmiéndate pronto o no hay salvación para ti...

—Oye, Dubois, ¿y tú crees que yo puedo llegar todavía a tiempo y, por lo tanto, antes de que este pianista mueva los dedos del teclado?

—Sí, hombre, sí; tu mujer en el fondo te ama y es sólo el aburrimiento lo que la induce a soportar la lata musical de este estropeacuerdas...

—Conforme y gracias. Pásame la nota de tus honorarios, que tendré mucho gusto en satisfacerla sin chistar...

Deseando llegar cuanto antes junto a su esposa, Fleury se despide de su amigo y se dirige a su casa a todo gas.

Pero al salir y pasar por el antedespacho de Dubois se detiene ante la mesita de la mecanógrafa y le pregunta:

—Señorita, ¿me hace usted el favor de la dirección de su florista?

La joven, aunque un poco extrañada de que un caballero no conozca a una florista famosa,

se la da gustosa, recibiendo en cambio las más expresivas gracias de Fleury.

Dubois, que ha contemplado la escena, le dice señalando las flores que la taquígrafa luce en su cinto:

—No lo olvides, mi querido amigo. Acuédate siempre y no olvides que ahí mismo tienes el ejemplo... Sé galante con tu esposa...

—Sí, sí, así lo haré... Pero Dios quiera que llegue a tiempo—y desaparece, oyéndose los saltos rápidos y angustiosos que da en la escalera, como si se tratara de pillar un tren que estuviera ya pitando.

Así es la vida. De una causa nimia y al parecer sin importancia, dependen las mayores catástrofes; y la mujer es el ser que necesita de mimos y cariños, como del aire que respira.

Trasladémonos al lujoso hogar de los Fleury, donde todo está dispuesto para albergar la mayor de las felicidades y ser testigo del más eterno de los idilios.

El marido no ha echado en saco roto los consejos del abogado, y ha comprado una magnífica «corbeille» de flores, que ha mandado colocar en el rincón más visible del comedor particular, donde a diario y en la intimidad cenan los dos esposos.

Fleury está pendiente de todos y cada uno de los gestos de su esposa, esperando sus palabras al descubrir las flores.

Por fin Lulú, al dirigir sus ojos al ángulo de la habitación, descubre las flores y exclama, alborozada:

—¡Flores!... ¡Mi ideal!... Dime, ¿no es delicada la atención que ha tenido Mauricio de enviarlas?

¡Adiós su ilusión! ¡El gozo de Fleury en un pozo!...

Su mujer atribuía a la galantería del pianista, las flores que él había comprado con su dinero, y haciendo un esfuerzo en él desacostumbrado, había llevado en el propio coche hasta el hogar para causar el deseado efecto en el ánimo de su mujer.

La cólera le subió al rostro, cuando vio que su mujer acariciaba las flores con su mano diminuta y aspiraba su perfume con gesto lento y enervador.

—Con que Mauricio, ¿eh?—masculló con indiferencia, y tomando una pose trágica, agregó:

—Bien, a este tío lo mato... ¡te lo aseguro!

Y sin detenerse a escuchar las tranquilizadoras frases de su mujer y las consiguientes excusas, tomó el sombrero y el abrigo y echó escaleras abajo, con ánimo de encontrar al pianista en su casa misma y ahogarlo, antes de que pudiera pronunciar una sola frase...

Pero en su atolondramiento, no se había dado cuenta de un detalle muy importante.

Mientras él se dirigía al recibidor para tomar su sombrero y su gabán que estaban en su cuarto, había entrado el famoso e inolvidable pianista y, por el pasillo central, se dirigía al salón. De ahí que no se hubiesen cruzado los dos.

Otro detalle notable que marca el grado de ofuscación de Fleury es que, olvidando que al entrar había dejado su gabán y su sombrero en la percha de su cuarto, tomó al salir el hongo y el gabán de Mauricio, que estaba colgado en el recibidor.

No se apercibió de que las mangas le venían cortas, hasta que al llegar al domicilio de



Mauricio y decirle la portera que no estaba, quiso dejar una tarjeta.

Entonces miró el forro del sombrero y vió estampadas en el mismo las iniciales M. L., con gran estupefacción.

La realidad sobrepasaba ya los límites de la más celosa fantasía, y Fleury emprendió el regreso a su casa, ansioso de hacer picadillo al virtuoso del piano y de separarse para siempre de su costilla, que le estaba resultando peor que si fuera de carne congelada...

Mientras, dando horribles zancadas, que atraen sobre él la curiosidad de los transeúntes, Fleury emprende a toda marcha el regreso hacia su casa, ésta es testigo de una interesante escena.

El pianista estaba expresando su pasión por medio de las notas del piano acentuándose en Lulú el aburrimiento por la «variedad» en el método y vehículo de expresión amorosa...

De pronto, recordando en la forma violenta como él vió salir a Fleury, dice Mauricio a Lulú:

—Parece que su esposo no se encuentra de muy buen humor...

Lulú no contesta. Desde que ha salido su esposo dando un portazo que ha conmovido la casa desde los cimientos, se halla en un estado de excitación nerviosa que hace asomar a sus lindos ojos dos rutilantes perlas, que amenazan resbalar por sus mejillas.

—No lllore usted—añade Mauricio—, que ya me cuidaré yo, por mi parte, de evitar cualquier escena violenta.

Lulú sonríe, porque como mujer de talento ha podido adivinar la cobardía que se reflejaba en las palabras del pianista.

—Créame, Mauricio, hemos de poner fin a

esta situación... Pasamos como culpables y nada hemos de reprocharnos. Jamás hemos faltado ni usted a los deberes de la amistad, ni yo a la fe jurada a mi esposo.

—¿Cómo?... ¡Me parece imposible que estas frases hayan salido de su linda boca!... ¿Desprecia usted mi arte? ¿Quiere usted volver a la vulgaridad junto a un hombre que sólo piensa en números continuamente?

Lulú no contesta. Con la vista fija en el suelo, medita que también hay algo de razón en las palabras de Mauricio.

Este se acerca y, persuasivo, desliza palabras amorosas al oído de la bella esposa:

—No la gustaría a usted trasladarse al país del ensueño en alas de uno de mis valses favoritos?

Ella calla. Mauricio avanza un paso más y su aliento roza la cara de Lulú. La toma una mano y la lleva a sus labios con rendido ademán. La cálida caricia produce a Lulú un momento de olvido y deja que su busto se recueste sobre el pecho de Mauricio, como en un rendimiento incondicional...

Pero en aquel momento entra Fleury como una bala. Una mirada de fuego confunde a los dos flirteadores.

—Magnífico, señor pianista—exclama Fleury con mal contenida ira que refugie en su semblante.

—Tuya es la culpa—balbucea Lulú—. ¿Por qué no supiste comprenderme mejor?

Fleury no atiende a las excusas de su esposa y encarándose con Mauricio le dice:

—Le exijo a usted que ponga fin a este flirt con mi esposa, que está traspasando las lindes de las conveniencias y de la caballerosidad,

Y cogiendo por un brazo al cultivador de las

dulces melodías, le obliga a entrar mal de su grado, en un aposento al que no permite a Lulú que ponga los pies.

La pobre esposa, sintiéndose culpable de lo que pueda ocurrir, se ha quedado fuera y sufre la tortura de sus nervios excitados que la hacen temer a cada momento que estalle la tragedia.

Su terror llega al colmo y casi cae presa de un síncope, cuando una detonación atronadora retumba en la casa: ha hecho explosión el neumático de un auto que acertaba a pasar por debajo del balcón en aquel preciso y terrorífico instante.

Momentos después salen los dos hombres de la estancia, y cuando Lulú espera ver a uno de ellos con las manos ensangrentadas y la humeante silla caliente aún, se encuentra con que dan muestras en su semblante de la más desconcertante sangre fría.

Fleury es el primero que dirige la palabra a la atribulada y mil veces arrepentida esposa.

—En lugar de matarnos como es de rigor en los melodramas antiguos, nos hemos puesto de acuerdo... Ya que tú te portas como una de las mal llamadas mujeres a la moderna, yo también he querido ser un marido a la última novedad de París, y en vez de coger el revólver como tú tal vez has supuesto, he sostenido una amigable conferencia con el distinguido concertista y hemos «concertado» un traspaso legal que no otra cosa viene a ser hoy en día el divorcio aceptado por las leyes.

Mauricio corrobora las palabras de Fleury, agregando por su parte con no muy firme acento:

—Sí, señora; su esposo la devuelve a usted su libertad...

En el modo de soltar esta frase, que quiere tener un aspecto de franca alegría, se echa de ver que Mauricio está más que arrepentido de tener que cargar con Lulú, cuya prodigalidad no desconoce y ante las facturas que ya vislumbra en lontananza, empieza a desaparecer el bello aspecto del amor, sin los inconvenientes de modistas, sastres, confiteros, joyeros, etc.

Pero pronto recobra su serenidad el aturdido pianista.

Fleury, con la mayor sangre fría, que no deja de sorprender y molestar a un tiempo a Lulú, exclama:

—No te asistes, Lulú, que ni en este momento de desecho y de dolor he dejado de pensar en ti. Te cedo la casa con sus muebles y demás efectos y la mitad de mi fortuna.

Mauricio respira profundamente. Diríase que en aquel momento absorben sus pulmones todo el aire que contiene la habitación.

Claro está, Lulú se ahoga. Aquella fraldad de su marido la desconcierta.

Es su primer fracaso como mujer, que suponía tenía a su marido cautivo de sus prendas personales. ¿A qué mujer no la hubiera entristecido el darse cuenta de que era indiferente a un hombre con el que varios años ha convivido?

Misterios del alma femenina, que sólo a los grandes conocedores de sus arcanos es posible comprender.

Haciendo un esfuerzo que proclama su amor propio derrotado, se dirige a Fleury, implorando:

—¡Pero, por Dios, reflexiona...!

—¿Por qué os lamentáis? ¡Tenéis ya lo que estabais deseando!

Cuando en sus momentos de adoración mal-

decían el obstáculo que para sus amores representaba el marido, ¿acaso no soñaban en que suprimido éste quedaría libre el campo para que su idilio no sufriera la más pequeña molestia?

Tomando alegramente su gabán y su sombrero, Fleury les deja en posesión de su casa.

Mauricio, aparentando la mayor sangre fría, se dirige a un armario y obrando ya como dueño de aquel hogar en que entró por asalto, escoje el mejor cigarro de las numerosas cajas de tabaco y aspirando su delicioso aroma, entra definitivamente en posesión de su cargo de amante forzoso y aún no correspondido.

Al día siguiente, Dubois recibe de nuevo la visita de su amigo, y cual no sería su sorpresa al saber que su plan no solamente ha fracasado, sino que ha contribuido a agudizar la situación en una forma que hace de todo punto imposible toda reconciliación, por lo que la única medida conducente a un fin definitivo es el divorcio.

Dubois se ocupa dos días después, en la propia casa de los Fleury, de gestionar los trámites preliminares del divorcio.

El marido ultrajado (?) insiste en sus generosas ofertas.

Dubois, a petición de Fleury, va leyendo los párrafos del acta de divorcio.

—La señora Lulú Fleury podrá disponer de la casa, del mobiliario y de la mitad de la fortuna.

Dubois, que se ha instalado en casa de los Fleury con su linda mecanógrafa Ivette, provista ésta de la indispensable máquina plegable, formula la pregunta decisiva:

—Precisa que me contesten ustedes a esta pregunta, que es de la mayor importancia:

¿En qué debo fundamentar la demanda de divorcio?

Fleury mira a su esposa, como diciéndola: Tú tienes la palabra...

Esta, considerándose ofendida por la indirecta de su esposo, replica con la viveza que es característica en su carácter:

—¿Qué se me puede reprochar a mí?

—Amigo Dubois, lo esencial es divorciarnos... ¡Que se me culpe a mí! —dice Fleury.

—Perfectamente; basaré la querella en los malos tratos del marido.

Lulú no está muy conforme, pero para dar muestras de que verdaderamente tiene deseos de divorciarse, acepta para sincerarse.

Dubois, que ha meditado todo un extenso plan, lo comunica a los interesados:

—Señores, ya que finalmente estamos de acuerdo, vamos a poner en práctica la base de la querella. Que cada cual desempeñe a las mil maravillas su papel y el resultado será inmediato y conforme a los deseos de cada cual. Muy sencillo. En cuanto entre mi secretaria Ivette, usted, señor Fleury, le atiza dos soberbias bofetadas a su mujer en forma sonora y contundente, para que a nadie le quepa duda de que los malos tratos de obra han existido plenamente.

Todos dan su conformidad, y Dubois llama a Ivette, que no tarda en acudir.

Ha llegado el momento solemne. Gastón y Lulú empiezan a discutir violentamente... Los puños se crispán, las facciones se contraen, los insultos suben de punto... Pero Fleury no se atreve a poner la mano en las mejillas ¡ay! tersas y carmíneas de su esposa.

—Será un resto de amor? —Será la caballeriosidad innata en él?

Lo cierto es que las bofetadas no caen y la encantadora Ivette no puede presenciar otra cosa que la impotencia de Fleury para consumar el atentado personal.

Dubois ver perdida su estratagema.

El mismo Fleury se confiesa vencido.

—No puedo—exclama—. Renuncio a este fundamento. Debe haber otros más agradables. Amigo Dubois, busca tú otro que sea menos penoso y mucho más agradable.

—Sólo queda otro medio de acusación: Que el marido tenga también su flirt. En fin sorprenderle con otra mujer. ¡Esto es decisivo!

Lulú se dirige hacia su esposo y le increpa:

—Pero supongo, Gastón, qu' etú no cometras esta infamia...

—¿Y por qué no? ;Acaso no soy libre? ;Quién podría impedirlo?

Lulú se muerde los labios con ira.

—¡Ah, comprendo! Por qso tienes tú tanto interés en el divorcio. Ya debes tener la cómplice preparada...

Fleury ha encontrado la manera de atormentar a su esposa haciéndole espiar por el tormento de los celos, la falta que ha cometido.

Para dar mayor sensación de realidad a su embuste, se dirige al teléfono con aire donjuanesco.

—¿Me hace usted el favor, señorita, con el 33-33-33 Z?

Como este número no existe, la telefonista hace un gesto de extrañeza y suponiendo nide uno parecido, le pone con el diputado Pitouchon.

Fleury finge no reparar en el error y empieza la conversación con la supuesta amiga.

—Dime, Titina, ¿nos veremos esta tarde?

Una voz agria y seca le contesta con malhumor:

—Se equivoca usted; aquí es el diputado Pitouchon.

—Bien hermosa, te esperaré en el sitio de costumbre. No olvides el perfume de moda, «Sueños de amor»...



Anímese a besarla

Por teléfono le dicen que es un idiota, pero él disimulando a la perfección, besa el aparato como si estuviera hablando en realidad con una encantadora damisela.

Lulú ha sufrido una nueva humillación, y ordena que divorcio siga adelante. La prueba de la conversación con la fingida amante, ha dado a Dubois las pruebas que necesitaba de la infidelidad del marido.

Mauricio está contento en extremo; y Lulú,

triste y vencida, debe aceptar las consecuencias de su flirt.

Al salir Fleury, la mecanógrafa le ofrece sus servicios con una sonrisa picaresca. Pero Fleury no está para flirts, y la acompaña hasta la puerta del ascensor, decepcionando a la pequeña, que suponía la acompañaría hasta su casa.

Al día siguiente, Fleury instalóse en el Hotel Carlton.

Su primer pensamiento fué vengarse de su mujer y de Mauricio, empezando a sembrar entre ellos la manzana de la discordia.

El incidente de la «corbeille» de flores había quedado grabado en su alma.

Su primer obsequio para su esposa fué una magnífica cesta de flores que obtuvo la mejor acogida.

Lulú las ponderó ante Mauricio, que se molestó en alto grado maldicendo la galantería de Fleury. Pero Lulú en sus propias narices no dejó de ponderar hasta lo infinito este gesto de galantería de su exmarido. Estallaron los celos del pseudo amante, que no había pasado de la categoría de pretendiente, pues desde su divorcio Lulú estaba con Mauricio más seca y reservada que antes de haber obtenido el derecho de dedicarse por entero a su flirt.

Conociendo las costumbres de la casa, Fleury telefoneaba en los momentos más críticos, impiéndole siempre que Lulú y Mauricio tuvieran un momento de paz.

Fleury había tomado la verdadera posición desde la que atacaba su esposa.

Cierta tarde, cuando ya se marchaba Mauricio, que jamás había pasado una noche en la casa, compareció Gastón y empezó a despojarse de su ropa.

Gran alarma por parte de Mauricio y un íntimo contento que experimentaba Lulú.

Pero Gastón, serio y reverencioso, salió de la estancia, diciendo:

—Perdonad, he venido únicamente a cambiarme de traje...

Mauricio, que teme el regreso de Fleury, para asegurarse de que le deja en el Hotel, ofrece salir juntos, y el paseo a las altas horas de la noche, entre marido y supuesto amante, tiene toda la gracia de un ingenioso vaudeville francés. Los dos desean volver a casa, pero fingiéndose mutuo aprecio y aparentando estar encantados del paseo, van recelándose mutuamente, hasta que un chaparrón les obliga a separarse.

Entonces Gastón se dirige a su domicilio, comprobando con íntima satisfacción que Lulú se encuentra sola. En el momento en que iba a retirarse, suena el timbre del teléfono. Es Mauricio que intenta dar las buenas noches a su adorada, pero tiene el desengaño número uno al oír la voz de Gastón que contesta a su llamada.

Malhumorado, el pianista se mete en cama, exclamando:

—¡Me engaña con su marido!...

Mas no es así; Gastón, sin hacer ruido, se marcha a dormir al Hotel y Lulú ni ha sospechado siquiera la escena que acaba de desarrollarse mientras ella estaba entregada al sueño.

A la mañana siguiente, a las ocho de la misma, ya está Mauricio sentado al piano, crispando los nervios de Lulú con una serenata matutina, que la joven esposa la sienta peor que un par de tiros.

Al salir del cuarto, Mauricio la interroga:

—¿En dónde está Gastón? Sepa usted que esta noche la he telefoneado y ha sido él quien me ha contestado... No estoy dispuesto a servir de motivo de diversión...

Lulú ríe la gracia porque sospecha ya en la forma como se ha desarrollado el equívoco.

Mauricio se enfurece. Lulú continúa riendo.

Por fin, molestada por las recriminaciones de quien no tiene derecho a dirigírselas, exclama:

—¡Dios mío, y qué tonta fuí! Aún es usted peor que mi marido. ¿No comprende que estos celos son ridículos y completamente fuera de lugar?

En aquel momento se presenta Gastón a recoger alguno de sus efectos y mientras se halla en casa, aparece la mecanógrafa de Dubois con una carta para el avisado esposo.

Mauricio aprovecha la ocasión para increparle:

—Señor mío, está usted faltando a lo convenido... Esta noche estaba usted en casa de su esposa, el aparato no miente...

Fleury espera sacar nuevo provecho de las circunstancias, y aprovechando que Ivette está presente, la pregunta haciéndola antes un signo de inteligencia:

—¿Cómo puedo haber estado yo aquí esta noche, si la he pasado bailando alegremente con esta jovencita?

Ivette afirma lo que Fleury acaba de decir, y Lulú vuelve a sentir de nuevo el amargor de los celos.

Mas una vez se encuentran solos Ivette y Gastón, la astuta taquimecano le dice:

—Muy bien, señor; yo le he hecho quedar a usted bien delante de su esposa; pero esta noche me lleva usted al baile y a todo rumbo...

Fleury, reconociendo el servicio que la pe-

queña le ha prestado, le contesta que está encantado de la idea, y ambos quedan acordes para pasar la noche alegremente en el «Chateau Rouge», uno de los music-halls más en boga.

Aquella misma tarde, Lulú, cansada de las latas musicales de Mauricio, había cerrado el piano con dos vueltas de llave, y el pobre concertista se hallaba fuera de su elemento, sin saber qué hablar.

Lulú tenía ganas de vengarse en alguien y, naturalmente, fué el pobre concertista quien tuvo que aguantar el chaparrón.

—¿No tiene usted nada que contar? ¿Desconoce usted del atractivo de una amena conversación? En fin, ¿que no tiene usted otro atractivo que desafinar el piano?

Mauricio callaba aguantando la impetuosa carga. Lulú seguía insistiendo:

—¿Sabe usted lo que estoy pensando? Que mientras nosotros hacemos el ridículo, Gastón se está divirtiendo de lo lindo... y seguramente con la mecanógrafa que ya llevó al baile la otra noche.

Mauricio se siente humillado y previo un secreto y algo angustioso recuento de sus fondos, que le permiten estrictamente llevar a Lulú al «Chateau Rouge», le propone la salida, que ella acepta encantada.

En una de las mesas, algo alejados de la marejada humana que se balanceaba al cadencioso compás del fox de moda, habían tomado asiento Lulú y Mauricio. Cambiaban pocas palabras y no se denotaba en sus caras, algo mustias, que se hallaran muy en armonía con el ambiente de risas y locuras que allí triunfaban.

Lulú pensaba en sus ilusiones perdidas, re-

cordando las alegres noches pasadas junto a su esposo, en bailes y teatros antes de que la fiebre de los negocios lo hiciera su prisionero.

Mauricio, por su parte, contaba y recontaba sus escasos fondos, temiendo hacer un papel ridículo.

Para no quedar sin dinero, ya que entre taxi, cena y champagne no le sobraba ni un franco, pidió al camarero el espumoso vino más barato que halló en la carta, y de este modo aún le sobraban tres o cuatro francos para la propina.

Había llegado para Lulú la hora más trágica de su vida...

Entre las parejas que danzaban acababa de descubrir a su esposo, amorosamente enlazado con la mecanógrafa y bailando con una ilusión y un afán que para Mauricio hubiera querido.

Pero la mujer en fingir es muy ducha...

Lulú había tomado su partido: contestar a su esposo con las mismas armas.

—Bailemos, Mauricio—dijo a su pareja.

—Pero, señora, ¡ si yo no sé bailar—contestó éste tímidamente.

—Entonces, me ha perdido usted. ¡ Y cómo se reirá de nosotros Gastón !

Y así era, en efecto; mientras se contoneaba de lo lindo y cada vez que pasaba ante su esposa, Fleury la dirigía una burlona mirada, que ella recibía como un desprecio.

Pero en el fondo se consideraba vencida.

Intentó un último recurso; la emprendió a patadas y a pellizcos con el concertista, para que éste se animara.

—Pero, por favor, señora, que me está usted estropeando los zapatos—alegó Mauricio, para defenderse de los pisotones de Luú, que por debajo de la mesa le atacaba con rabia.

—Pero, hombre, ría usted al menos, no ponga esta cara... Los divorciados parecemos nosotros... Dígame usted algo, hágame la corte asediándome con sus galanteos...

Así intentó hacerlo Mauricio. Pero Fleury vió en seguida la forzada comedia.

Para mayor escarnio, Gastón desde el palco, la enseñaba para mortificarla, ora la copa rebosante de champagne, ora los obsequios que había comprado para Ivette.

Lulú, animosa y para dar pruebas de su buen humor, previos dos o tres contundentes pisotones, llenó la copa de Mauricio y la suya de champaña y la llevó a los labios, intentando apurarla de un trago, para demostrar que la alegría la dominaba. Pero ¡ allí fué Troya ! aquél líquido espumoso, sí, pero de un sabor de mil diablos, se agarró a su garganta, habituada a las mejores marcas, y empezó a toser.

Fleury no podía contener su risa.

¡ Lulú acababa de perder su última trinchera !

Al abandonar el baile, Fleury había triunfado. Cuando Lulú le vió salir del brazo de Ivette y sonriéndose amorosamente, por poco se desmaya. Pero Gastón, al llegar a la puerta de la casa de la mecanógrafa, se despide de ella respetuosamente, defraudando algo las esperanzas que en conquistarle había puesto la picareca chiquilla.

Por su parte, Lulú y Mauricio siguieron discutiendo y sin llegar a entenderse. Al contrario, cada vez crecía más la barrera que les separaba.

En extremo satisfecho, regresó Gastón al Hotel. Había obtenido la más aplastante de las victorias y se sentía el mismo pollo corrido y bullanguero de cinco años atrás.

Al despojarse del abrigo, nota que ha quedado olvidado en él el bolso de Ivette, que deja sobre un mueble.

Pero no tuvo tiempo de despojarse de otra prenda de vestir.

Llamaron a la puerta con golpes menudos y repetidos.

Al abrirla, recibió una gran sorpresa. Era Lulú la visitante.

Loca de celos y sin dejarle preguntar siquiera el motivo de su presencia a horas tan intempestivas, preguntó airada:

Dime dónde ocultas a la otra, dímelo, infiel.

Gastón, queriendo sacar todo el partido posible de aquel momento, hizose el interesante y procuró que Lulú se fijara en el bolso de Ivette.

Al advertir ella aquella prueba de su infidelidad (que no lo era en realidad), prorrumpió en lágrimas.

—Gastón, perdóname, yo quiero reanudar nuestra antigua vida...

Había llegado el momento decisivo para sacar provecho de aquella rendición sin condiciones.

—Sí, Lulú, yo quisiera que nos reconciliáramos, pero, ¿y ella, «la otra», se avendrá a ser juguete de nuestros bruscos cambios de opinión?

—Mira, Gastón, ofrécela todo el oro del mundo, pero que nos deje gozar de nuestra felicidad, de nuestra vida de enamorados...

Gastón, fingiendo que Ivette se halla en el aposento contiguo, hace a las mil maravillas la comedia de que ha entrado a ofrecerla una cantidad y sale después de unos instantes en que ha estado riendo a mandíbula batiente.

—No, hija mía, no quiere dejarme, dice que

me ama demasiado, le gusta mi tipo, mi manera de bailar y mi modo de ser obsequioso y galante.

—Corre, Gastón, ofrécele mis joyas, toda la fortuna, pero no quiero que vuelva a caer en tus brazos... ¡Si supieras cuánto he sufrido en este maldito «Chateau Rouge», la otra noche cuando bailabas con ella!

Gastón vuelve a entrar en la habitación contigua.

Entonces ocurre lo inexplicable. Ivette, que se ha dado cuenta de que Gastón se ha llevado inadvertidamente su bolso, se presenta a recogerlo dando lugar a que Lulú se dé cuenta de la comedia que su esposo está representando.

Pero lejos de enojarse, experimenta la mayor alegría al convencerte de que Gastón le ha permanecido fiel a ella y que los supuestos amores con la mecanógrafa son un embuste para hacerla sufrir la tortura de los celos.

Sin embargo, finge seguir creyendo de buena fe lo que esposo le dice, desarrollándose una de las escenas más cómicas que el lector puede imaginar, pues los dos saben fingir a las mil maravillas.

Por fin, sin revelar la verdad, Fleury dice:

—Mira, Lulú, comprendo tu decepción con el pianista, y te perdonó, porque sé que nada malo habéis hecho y que no ha pasado de ser un flirt insignificante e inofensivo.

Lulú le pasa los brazos alrededor del cuello y con una mirada que es promesa de dichas irrefables, le contesta:

—Sí, vamos a reconciliarnos. ¡Pronto, vamos a casa!

Momentos después, se hallan en su lujoso hogar los dos esposos, y esta vez dispuestos a pasar la noche juntos.

Sin sospechar que Gastón se encuentra en casa, Mauricio entra y se sienta al piano, empezando a interpretar una sonata muy apasionada. ¿Cuál no sería su sorpresa al sentir una mano varonil que se posa sobre su hombro? Es Gastón que, mirándole irónicamente, le dice:

—Por favor, mi señora le suplica que la ejecute usted con sordina... El ruido nos molesta.

Mauricio volvió la cabeza. Vió al marido de Lulú en pijama, comprendió el ridículo espantoso que había hecho y por poco cae desmayado sobre el piano, único medio de expresión de sus románticos amores.

Gastón le ayudó a ponerse el gabán, le alargó el sombrero, y cerró con doble llave y con pasador la puerta de la casa.

Luego, pasando junto al biombo, apuró de un sorbo una copa de licor y corrió, brincando, a reunirse con su esposa.

Asiéndola dulcemente entre sus brazos, le dijo con acento medio velado por la emoción:

—Ya ves como el amor es un círculo... Siempre se vuelve al punto de partida...

Y el eco de dos sonoros besos, fué la única música que hizo vibrar el silencio confidencial de la nupcial alcoba...

FIN

Número 115 - **BIBLIOTECA FILMS** - 13 de abril

## **EL ESPECTRO DE ORIENTE**

Magnifica novela del amor vengado de ultratumba,  
por los inmensos artistas

**FRANK MAYO**

**Mildred Harris - Evelyn Brent - Norman Kerry**

Postal: J. Warren Kerrigan

25 cént.